

## EL PERRO DEL CAMINO.

Hoy también pasa gente nueva, como cada día. Siempre por el mismo cauce pero con distinto caudal, como un río, renovándose constantemente, *ad infinitum*. He conocido caminantes de todas las edades y nacionalidades, incluso de las antípodas, que ya es decir. Todos con un origen distinto... todos con un mismo destino. Ya ven que, aunque seamos dispares, el ser humano comparte fines, metas y aspiraciones, contradiciendo así los postulados que afirman que la naturaleza es objetiva, sin finalidad ni propósito. Sin embargo, da la sensación que estos fragmentos de naturaleza que pasan con mochila tienen fines y propósitos. Hay aquí una contradicción, de momento, irresoluble.

Las personas tienen tanta imperiosidad de luchar por sus vidas que no encuentran tiempo para vivirlas. Aunque en verdad se equivocan cuando creen estar luchando por sus vidas, pues lo hacen movidos por una inercia neurótica que les impide ver que ceder a las compulsiones no es libertad: es otra forma de esclavitud. Cuando se percatan de ello desean liberarse y hacer sus sueños realidad, y, para muchos, el Camino es el primer paso, nunca mejor dicho, en el que se atraviesa el dintel para adentrarse en el exterior, valga la paradoja. Son conscientes que implica la destrucción simbólica del pasado y el inicio de un renovado futuro, afrontado con la confianza crecida ante la odisea que se avecina. Se transforman en "otro" aun siendo la misma persona. El agua líquida se convierte en hielo sólido y éste puede pasar directamente al vapor: es la sublimación, un mismo elemento con idénticos componentes en estados diferentes. Cambiamos, evolucionamos. Sin perder la individualidad, dentro de este colectivo entusiasta, el peregrino es un solo *corpus* con el Todo. Paso a paso, día a día...

Valen la pena las interesantes conversaciones con ellos, como cuando me encontré con un físico-matemático, con una psicóloga, una oncóloga o un albañil erudito, por ejemplo. Normalmente vienen predispuestos a tener experiencias emocionantes y vivencias espirituales, son como esponjas que absorben cualquier concepto: el origen del universo y la aparición de la vida en la Tierra, la muerte y la escatología, la predestinación y el libre albedrío, la existencia o inexistencia de dios... Muchos disfrutaban oyendo mis elucubraciones, como cuando cinco jovencitas se sentaron en semicírculo alrededor mío escuchando con verdadero interés. Terminé, como despedida, declamando las palabras del oráculo de Delfos, registradas por Homero en la Odisea y magníficamente

adaptadas en su versión moderna y cinematográfica por los hermanos Cohen, y les recité precisamente ese pasaje porque pocas personas habrá que no se sientan identificadas ante profecía tan certera por lo común que es. Me dedicaron una ovación de aplausos mientras las veía partir. Juventud, divino tesoro. Me complace que se lleven el recuerdo de un extraño charlatán del Camino, alguien que no supo que aquel que tome del árbol del conocimiento siempre será expulsado del Paraíso.

Los hay quienes realizan el Camino por estrechar vínculos, por ponerse en buena forma física, por fervor religioso, por encontrarse a ellos mismos, por una promesa del tipo que sea o esperando un fenómeno que cambie sus vidas. Hace poco me encontré a una chica francesa que inmediatamente me confesó que tenía cáncer. La escuché. Se desahogó. La acompañé hasta San Breixo. Me abrazó y nos despedimos entre lágrimas. Estaba deseando soltarlo, se le notaba a leguas, es normal, alivia mucho verbalizarlo, se aligera la carga. Lo sé por experiencia: tengo seis tumores.

No sé quién se alegra más: los peregrinos por encontrarse a un vecino con quien interactuar y enriquecerse de la cultura oriunda o yo, ansioso de charlar con ellos habida cuenta que no hablo con nadie. Vivo solo, sin vecinos cerca, en una casita de monte con mi único compañero, Pantxut, un perro mastín de sesenta kilos color blanco, muy parecido a Niebla, el perro de Heidi, y con idéntica nobleza que el personaje animado.

Camino siguiendo a Pantxut, atracción de este tramo del Camino y figura central de miles de fotos que tiene repartidas por medio mundo. Yo no tengo ni una foto de él con los peregrinos. Me parecería absurdo perderme el espectáculo y las risas por estar viéndolo a través de una pantalla. Sería como ir a un concierto y dedicarse a grabarlo viéndolo a través del móvil, o ir al monte a desconectar y estar subiendo fotos en las redes para demostrar cómo estás desconectando.

A Pantxut le he hecho un collar del que cuelga una vieira, así, cuando los caminantes revisen las fotos en sus respectivos países verán el símbolo y les trastocará el ánimo, les llegará al fondo, pues un símbolo nunca pierde sus significados y valencias semánticas –con sus respectivas emociones asociadas– por muchos siglos o milenios que pasen; lo llevamos grabado en el inconsciente religioso colectivo, eso dicen eruditos de la talla de Eliade o Jung.

Pantxut se adelanta en busca de peregrinos. Está obsesionado con ellos. Llega mucho antes que yo a la capilla y cuando aparezco me lo encuentro

rodeado de caricias. Si hay niños es digno de ver cómo un perro de su envergadura los trata con tal escrupulosa delicadeza. Los abrazos infantiles son el alimento de este perro, por eso no puedo retenerlo cuando nos dirigimos hacia la capilla y corre como alma que lleva el diablo en busca de su ración de mimos. Solo se deja acariciar por peregrinos, es un misterio, yo no se lo he enseñado, lo tiene innato, creo que piensa que son como ovejas a las que debe proteger. Se vuelve loco de alegría con cada uno que se encuentra, y a éstos se les dibuja una amplia sonrisa tan pronto lo ven acercarse culebreándole la espina dorsal y moviendo exageradamente el rabo. ¡Cuántos abrazos! Tal vez sea cierto que el cerebro del perro se modifica adaptándose a las personas con las que convive. Hoy en día, si no fuésemos tan antropocéntricos lo llamaríamos empatía, pero claro, tendemos a pensar que es una cualidad solo humana. Típico. Nos creímos dioses, y así quedó registrado en la totalidad de Sagradas Escrituras de las distintas religiones del globo.

A veces pinto piedras de pizarra con la flecha amarilla para colocarlas en el Camino y ayudar a una mejor señalización, sobre todo por dentro del bosque. Pero las que me hacen más feliz son unas pequeñas piedras que caben en la palma de la mano, de escasos centímetros, también con la flecha amarilla, son muy bonitas. Los peregrinos se emocionan cuando se las regalo a modo de *souvenir* mientras les recito teatralmente: «*Cuando estés perdida y no sepas qué dirección tomar en tu vida, porque ese día llegará, tenlo por cierto, coge la piedra, rememora el Camino, revívelo, sigue la flecha, y te guiará en el sentido correcto, será tu brújula emocional...*» Les encanta ese *souvenir* porque en el fondo anhelan un talismán mágico capaz de resolver futuros problemas, no es otro el origen de los fetiches religiosos, pues en su origen el término fetiche significa hechizo; aunque a la vez, esta piedrecita pintada les crea un vínculo de pertenencia con el Camino. Todos queremos participar. El ser humano es gregario por naturaleza porque nos hemos necesitado unos a otros, y es que, como dijo el poeta, “ningún hombre es una isla”.

Yo no espero nada. No quiero nada ni pido nada. Solo camino con peregrinos. Vivo en el Camino. No quiero ser voluntario ni quedar registrado en ningún papel oficial con palabras impresas. No necesito ningún tipo de reconocimiento, ya me alimento bastante con las risas y los ojos brillantes de los peregrinos mientras

juegan con Pantxut. No sé cuánto tiempo me queda, ni quiero saberlo, pero tengo la certeza que permaneceré, hasta que llegue mi día, viviendo el Camino.

Llegará el día en el que los peregrinos no me hallarán en la fuente de San Alberte, al lado de la capilla. La piedra en la que me siento cada tarde quedará vacía, y, tal vez, quién sabe, un niño que ya será adulto recoja el testigo de charlatán y les cuente a los caminantes: *“Un día conocí a un hombre que venía todos los días a sentarse en esta misma piedra, llegaba con un zurrón lleno de libros y un perro gigante, grande como un burro. Unos decían que era un santo, pero yo que lo conocí bien sé que él nunca hubiera querido ser santo, sino un don nadie anónimo preocupado por cuestiones mundanas antes que celestiales, por eso vino aquí cada día, quería ver la vida, vivirla, ayudar a las personas y no a sus ideologías, y ese es el motivo por el que nunca trató teodiceas ni habló del cielo o del infierno, sino de la Tierra, del Camino... Conocí a ese hombre y a su perro, sí... dicen que sus espíritus rondan todavía por este bosque, tened mucho cuidado porque a veces se aparecen...”*

De esta forma reirá para sus adentros este sinvergüenza, asustando a unos pobres peregrinos, qué le vamos a hacer, es un joven que también viene al Camino porque necesita interactuar. Y engrandecerá la leyenda con aportes de su imaginación, como suele suceder en toda leyenda, contándoles la epopeya de un perro grande como un caballo, pues como burro ya queda corta la hipérbole, que salvó a un niño de morir ahogado en el río además de enfrentarse a una manada de lobos hambrientos que merodeaban por el sendero... Crecerá el relato hasta confundirse fantasía y realidad, al fin y al cabo, ¿no hacemos todo lo posible por hacer realidad nuestros sueños, no preferimos la fantasía?: una leyenda que reporte la inmortalidad que tan deseosamente anhelamos. Vencer a la muerte y poder decirle, *“¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?”*

Dicen distintas ramas del conocimiento que la vida no tiene sentido, ni finalidad, ni propósito. Que la naturaleza es objetiva, no subjetiva, que somos nosotros los que proyectamos en ella nuestros deseos y temores. Cuentan que la naturaleza opera por medio del ensayo-error en la selección natural y así ha logrado crear unos seres racionales y emocionales, meros productos de una evolución ciega, un accidente del azar y de la necesidad. Pero yo veo a estos seres del Camino preocupándose unos por otros persiguiendo sueños comunes, compartiendo una misma finalidad y desarrollando un sentido moral más allá de

los intereses propios y egoístas. Dicen que el altruismo es eso: una estrategia de genes egoístas disfrazada de desinterés. ¿Quién soy yo para rebatir al genetista más célebre y mediático que dice que la existencia no tiene sentido? Puede que tengan razón, es más, yo lo hubiera suscrito hace un tiempo. Pero hoy sé que si la vida no tiene sentido... entonces hay que buscarlo, fabricarlo, inventárselo.

Cuando veo a niños colgados del cuello de Pantxut hasta el punto de faltarle el aire para respirar, cuando percibo empatía, pasión, alegría, solidaridad, ilusión, desinterés, altruismo, sí, sí, altruismo, han leído bien, y amor... lo siento, pero algo dentro de mí se resiste a creer que somos un mero accidente fortuito. ¿Y si, al final de cuentas, la vida sí tuviera sentido?

\*\*\*\*\*

*Ahí están sus fantasmas, esperando nuevos peregrinos. Soplos transparentes, colores y formas indefinidas arremolinándose en las que apreciamos al gigante flaco leyendo un libro y a la fiera enorme -la que se enfrentaba a lobos y otros peligros para salvaguardar a los caminantes y que tiene miles de fotos en todos los rincones del planeta aunque paradójicamente su dueño ni una sola- medio adormilada. El perro tumbado en mitad del Camino, como siempre, enfrente de la fuente de San Alberte, con la vista fija por donde asoman los que cargan mochila. Y al verlos arribar mirará con complacencia, satisfecho, a los ojos de su dueño, como diciéndole: ¡qué vida nos hemos pegado! Y como respuesta obtendrá la mirada recíproca de su dueño y una leve sonrisa que expresará: "No, Pantxut, no. Vida, no: VIDORRAA..." Y reirá estrepitosamente, como lo hacía en vida, y al oír el perro las risas se pondrán a jugar los dos, como siempre, revolcándose en mitad del sendero, pero ya no los oirán los peregrinos que pasarán, no a su lado, sino atravesándolos y difuminando sus soplos evanescentes.*

*Todo quedó en Nada. Con los años, ni siquiera memoria quedará de ellos. Pero la vida continuará.*

*Dicen que todos somos hijos de nuestro tiempo, pero, cuando no existe el tiempo, como en el Camino, ¿de quién somos hijos?*